

para un grandioso sistema de canalización. Aun antes que Francisco Lee llamase la atención del Czar en Inglaterra sobre la necesidad «de mejorar la naturaleza», se habían comenzado ya las obras para unir el Don con el Wolga, estando al frente de ellas, primero, un inglés, Baily, después, un alemán, Brockel, y por fin el célebre John Perry; en dicha obra se ocuparon sobre unos 15,000 hombres. Este proyecto despertó el más alto interés en el Occidente. Entre los papeles de Leibnitz se ha encontrado un dibujo, en el cual se ven los ríos Don y Wolga con sus afluentes el Flowlja y el Kamyschenka unidos por un canal. Durante la permanencia del Czar en Inglaterra le escribía Lefort sobre dicha construcción. Los trabajos fueron pronto interrumpidos, tal vez a consecuencia del desastre de Narwa, y mandados continuar después de muchos años, sin que, a pesar de todo, se consiguiese el fin apetecido (1).

Después de la fundación de San Petersburgo nació el deseo de unir el nuevo puerto directamente con el interior del país por medio de vías de agua. El mismo Czar tomó parte repetidas veces en los estudios del terreno al abrir el canal de Wyschny-Wolotschok. En el año 1711 se terminó el canal que unió el Twerza con el Msta. Un molinero de Novogorod, Miguel Sserdyukoff, se distinguió en estas construcciones por su enérgica actividad. El año 20 de nuestro siglo un anciano labrador que tenía 120 años de edad se acordaba aun de haber visto al Czar con Sserdyukoff a quince werstas más arriba de la ciudad de Wyschny-Wolotschok en la aldea de Baski sobre el Ina, sitio donde el anciano evocaba tal recuerdo. Pedro vadeaba los pantanos de aquella región, y a su presencia se comenzaron las obras del canal de Twerza. Han llegado hasta nosotros muchas anécdotas sobre la brillante carrera de Sserdyukoff. Por cartas que dirigió Menschikoff a Pedro en el año 1717 sabemos cuánta atención consagraba el Czar a estas construcciones de canales, manifestando un especial y vivo interés por la apertura del de Ladoga, canal que era al mismo tiempo necesario por la creciente importancia de la nueva capital. En el año 1718 indicó Pedro las grandes pérdidas que la peligrosa navegación del lago Ladoga ocasionaba al comercio, y declaró que esperaba, sobre todo si se hacía la paz, poder construir con el auxilio del «ejército entero» el canal que había de unir el Nawa con el Wolchoff; pero como la necesidad es imperiosa, añadía, y San Petersburgo necesita comunicarse regularmente con el interior del país, es preciso comenzar la construcción aun antes de la paz. El mismo redactó un proyecto y le presentó al Senado. Guió con su propia mano un carro de tierra al sitio donde debía comenzar el dique para el canal; y presentábase con mucha frecuencia durante los trabajos para observar su progreso. Al principio iban las obras con lentitud, hasta que por fin Münnich—este fué el principio de la brillante carrera de tal varón en Rusia—se encargó de la dirección de la empresa. El hijo de Münnich ha dejado consignados en sus memorias muchos detalles, en los cuales se lee que Pedro, cuando la obra tocó a su término y pudo recorrer una parte de la nueva vía de agua, prorumpió en gritos de júbilo, echó el sombrero al aire, abrazó a Münnich, le dió las gracias, y le proporcionó más recursos para la completa terminación de la grandiosa empresa (2). Había estado enfermo y manifestó que la terminación del canal le había devuelto la salud; dijo, todo entusiasmado,

(1) Así lo afirma Stuckenberg en la descripción de todos los canales abiertos ó proyectados en el imperio ruso. San Petersburgo 1841, página 483.

(2) Memorias del joven Münnich, publicadas en ruso en San Petersburgo, 1817, págs. 19-21.

que esperaba vivir hasta que pudiese ir embarcado y sin poner pié en tierra desde San Petersburgo á Moscú.

Si se tiene presente que las vías de agua artificiales (canales) empezaron relativamente tarde en el Occidente de Europa, que la construcción del «Canal du Midi» en Francia corresponde á los últimos años del gobierno de Mazarino, y que todavía á mediados del siglo XVIII, al proyectarse la construcción de un canal en Inglaterra se suscitó la cuestión de para qué «había creado Dios los ríos», forzoso será reconocer que Pedro supo aprovechar sus impresiones de viaje. Especialmente en Holanda había visto construcciones de esta clase.

Apraxin manifestó del mismo modo á los adversarios del duque de Bridgewater en Inglaterra, que solo Dios dirigía el curso de los ríos, y que era una temeridad que el hombre se entrometiese á querer variarle. Pedro conocía la contestación que tenían tales escrúpulos, la misma que se dió en Inglaterra en el año 1755, á saber: que Dios había creado los ríos precisamente para alimentar los canales. Fué de grandísima importancia para todo el porvenir económico de Rusia que el Czar supiese apreciar el valor de las vías de comunicación y realizara estos proyectos.

CAPITULO III

LA IGLESIA

Sin tocar á los dogmas de la Iglesia rusa, emprendió Pedro reformas radicales en la administración eclesiástica y en las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Los principales hechos de su gestión reorganizadora, son: la abolición efectiva del patriarcado en el año 1700 y la creación del Santo Sinodo en el año de 1721. Los dos decenios que trascurrieron entre estos acontecimientos representan una especie de estado provisional. El «administrador de la silla patriarcal», Estéban Jaworsky, dependía del poder temporal en muchas partes; su posición no puede compararse con la que ocuparon los anteriores patriarcas. La «autoridad monástica», á la cual estaba encomendada la administración de todos los asuntos eclesiásticos, se hallaba bajo el influjo de funcionarios civiles (3).

Nunca se dedicó Pedro á estudios teológicos, á los cuales se entregaba su hijo Alejo con tanta afición y placer. Ejercía visible influencia sobre el primero el racionalismo, y muchas acciones y sentencias del Czar prueban su libre modo de pensar y su tolerancia. Detestaba la hipocresía. Enfrente de la civilización bizantina de los siglos medios, dominante en su época en el pueblo ruso, representaba él una ilustración que recordaba la época de la literatura de oposición; despreciaba todo lo que tenía carácter monástico.

Señalemos algunos rasgos de su modo de pensar.

En un decreto sobre los monasterios, fechado el año 1723, decía Pedro: «Cuando algunos emperadores griegos, que no tenían conciencia de su misión, empezaron á hacerse hipócritas, y sus mujeres les sobrepusieron en esto, nacieron los monasterios, en los cuales muchos se entregaban á la ociosidad; los emperadores favorecían esta tendencia y con ella traían la miseria sobre el pueblo. En los alrededores de Constantinopla había 300 monasterios; por cuya razón cuando hubo necesidad de defender esta ciudad de los ataques de turcos, no se hallaron más que 6,000 hombres en estado de tomar las armas. Estas horribles plagas comenzaron á exten-

(3) Véase una monografía sobre «la autoridad monástica» (1649-1725), escrita por M. Gortschakoff; se publicó en San Petersburgo en 1868.

derse entre nosotros bajo la influencia de sacerdotes griegos, pero Dios nuestro Señor no privó de la inteligencia á los príncipes rusos, como había sucedido á los griegos, hasta el punto de que el mal llegara á su colmo: tampoco permitía nuestro clima del Norte que los monjes comiesen su pan sin trabajar, etc.»

Cuando Pedro en una ocasión se ocupó en el estudio del Decálogo, porque su pariente espiritual, el arzobispo Feofan Prokopowitz, había compuesto á su instancia un escrito popular sobre este asunto, manifestó su extrañeza por la falta de un mandamiento, que dijera: «No serás hipócrita!» Creía ver en su pueblo una inclinación especial á esta falta, y por tanto insistía en que la diferencia entre el fariseísmo y la verdadera piedad debía haberse establecido en un texto especial. Feofan escribió asimismo, diciendo, que el Salvador había prevenido particularmente á sus apóstoles contra la hipocresía de los fariseos; se mandaron practicar diligencias sobre los falsos milagros, y los falsarios fueron castigados con rigor; se encargó á todos que anduviesen con tiento en la erección de iglesias y capillas; quedó prohibida con la mayor severidad la especie de ley de Lynch rusa, ó sea la justicia popular que se tomaba el pueblo por su mano, con arreglo á la cual, las personas que omitían la visita á la iglesia por Pascua de Resurrección, eran rociadas con agua ó se las sumergía en ella (1).

En época reciente se ha puesto en claro que Pedro tomó una parte muy activa en la redacción del «Reglamento espiritual.» En tal concepto es en mayor grado obra del Czar que de Prokopowitz. En él se decía, entre otras cosas, lo siguiente: «Piensen muchos neciamente, que la ciencia engendra la herejía; ¿no son nuestros sectarios tan ardientes fanáticos, precisamente á consecuencia de su falta de cultura y de su ignorancia? Y si estudiamos los siglos anteriores con la luz de la historia, sirviéndonos esta de telescopio, encontraremos todo lo malo en las épocas pobres de saber, y no en las épocas ilustradas por los conocimientos.»

Cuando Pedro introdujo, al crear el Sinodo, el mismo principio colegiado que había establecido en las instituciones civiles, como medio adecuado para poner coto al capricho y arbitrariedad de los particulares, se ordenó sobre este punto en el «Reglamento eclesiástico» lo siguiente: «Se debe esperar del régimen colegiado en la Iglesia, que se evitará la anarquía y falta de sosiego en la patria, las cuales fácilmente pueden sobrevenir, allí donde un hombre está al frente del régimen de la Iglesia: el pueblo bajo no sabe en qué se diferencia el poder espiritual del autocrático: por la admiración que causa el esplendor y gloria de la presencia del supremo pastor de la Iglesia, se llega á pensar que este último es un segundo soberano, y realmente igual al autócrata ó superior á éste, y que la dignidad espiritual representa un estado distinto y mejor. Si en tal caso, por ejemplo, nace una diferencia de opiniones entre el patriarca y el Czar, puede suceder fácilmente que el pueblo siga el partido del patriarca, en la creencia de que éste defiende la causa de Dios y que se le debe auxiliar en este caso.»

Se comprende que, con este modo de pensar, los prelados rusos ocupasen una posición modesta en aquella época al lado del poder temporal, y lo contento que debía estar Pedro de haber encontrado en la persona de Feofan Prokopowitz, un hombre que entró de lleno en sus ideas liberales.

No es casual que los tres eclesiásticos más distinguidos durante el reinado de Pedro, Demetrio de Rostoff, Estéban Jaworsky y Feofan fuesen oriundos de la Pequeña Rusia.

(1) Véase Tschistowitz; Feofan Prokopowitz en la colección de tratados de la sección rusa de la Academia de ciencias. San Petersburgo 1868, IV, 103, 109, 124, 127.

Representaban un grado de cultura mayor que el que podía hallarse en el clero de la gran Rusia. En Kieff se tenía algún contacto con el extranjero y se notaba variado movimiento debido á la influencia de los países católicos; muchos de los hombres educados en esta importante ciudad eran poetas y escritores.

Demetrio escribió una gran obra sobre la Historia eclesiástica, y gozaba de cierta celebridad, cuando, llamado de la Pequeña Rusia, fué nombrado metropolitano de Tobolsk el año 1700. Pedro esperaba mucho de su actividad en Siberia; pero el sabio y eminente escritor no podía estar satisfecho con la idea de tener que ir á tan apartada región. Pedro apreció sus temores y le nombró metropolitano de Rostoff, arreglándolo de modo que Demetrio pudiese residir en Moscú, en donde desplegó una benéfica actividad y se dedicó asiduamente á escribir hasta el fin de su vida. Trabajó mucho para elevar el nivel de la cultura del clero, materia en que tuvo múltiples ocasiones de quejarse de la falta de educación y de la ignorancia de los eclesiásticos de Rusia; fundó una escuela para eclesiásticos novicios jóvenes, y enseñó en ella; escribió una obra de polémica contra los sectarios; continuó sus estudios sobre la historia de la Iglesia, y apoyó en varias partes la gestión reformista de Pedro. Con referencia á este último punto es característico el siguiente rasgo: Cuando el decreto para afeitarse la barba excitó la mayor indignación en el pueblo, dos fanáticos preguntaron una vez al prelado (1705), si no sería mejor dejarse cortar la cabeza que la barba; á lo cual contestó preguntando á su vez, si la cabeza, una vez cortada, crecería, como sucedía con la barba, y luego les aconsejó que se cortasen la barba. En vista de que se seguía creyendo que la pérdida de la barba ponía en peligro la salvación del alma, porque desfiguraba la primitiva imagen divina, escribió un tratado «sobre la imagen divina del hombre», y demostró la falta de fundamento de las creencias reinantes en el pueblo; este escrito se reimprimió varias veces á instancias de Pedro. Tomó asimismo mucho interés por el arte dramática, escribiendo obras que se pusieron en escena. Murió el año 1709 y dejó tan solo una biblioteca y un gran número de manuscritos, pero ninguna propiedad, pues gastó su hacienda en proteger la instrucción y las escuelas.

Gozó de incomparable mayor celebridad Estéban Jaworsky, que se distinguió particularmente como orador sagrado. Como «vicario del patriarcado» ejerció una influencia muy limitada: unió el fanatismo clerical con cierta docilidad en sus relaciones con el Czar. Debió á su ciencia el ser elegido preferentemente á Afanassy de Cholmogory, que estaba también indicado á la vez para dicho puesto. Causó profunda impresión en el ánimo del Czar con su oratoria fácil y ampulosa, cuando se celebraron los funerales del boyardo Schein. Había cierto antagonismo entre él, teólogo educado á la polaca, y los de la gran Rusia. Suspiraba con frecuencia por volver á Kieff, y repetidas veces presentó la dimisión de su cargo. A veces sabía adular al Czar. En sus discursos y en sus escritos no faltaban abstracciones y absurdos escolásticos como sabemos ya por el episodio de Talizky (2). Apoyó al Czar con sus pomposos sermones, ocupándose en importantes asuntos políticos; Pedro estaba en animada correspondencia epistolar con el prelado. Este aspiraba á la dignidad de patriarca, en cuyo restablecimiento creían aun muchos; pero el Czar supo rechazar las indicaciones que se le hacían encaminadas á tal objeto; y en su consecuencia se fué haciendo notar en Estéban Jaworsky cierta aversión á Pedro y

(2) Véase el ejemplo producido en la biografía de Estéban escrita por Ternowsky é inserta en la revista «La antigua y nueva Rusia», 1879, cuaderno de setiembre, págs. 308 y sig.

á sus reformas. Muy previsor y con suave táctica comenzó el prelado á tocar las cuestiones de la época en forma de polémica. Había en sus discursos ataques contra el afeitarse la barba y contra la limitación de los derechos de la Iglesia por parte del poder civil, y censuraba indirectamente las tumultuarias orgías de Pedro. Cosas más fuertes se han encontrado en sus sermones manuscritos y que hacen creer que no fueron predicados. Pero dado el espíritu de oposición que reinaba en todo el país y en todas las clases de la sociedad, dicho se está que las ligeras indicaciones de sus arengas polémicas eran comprendidas y celebradas. Por fin se atrevió á predicar un sermón enalteciendo al *czarewicz* Alejo, el cual censuró la institución de los fiscales introducida por Pedro. Era creencia general que el prelado se había atraído su desgracia; pero parece que Pedro no le consideró digno de figurar en el martirologio y se contentó con prohibirle predicar por algún tiempo. Después de esto *Jaworsky* se hizo más previsor y no volvió á hacerse reo de tal temeridad.

Jaworsky pertenecía á los fanáticos antagonistas del luteranismo; en sus escritos se encuentra una abundante colección de expresiones bárbaras, empleadas contra Lutero. En sus sermones llamaba á Lutero «cúmulo de gusanos alimentado por el veneno del infierno.» «hereje tres veces anatematizado,» etc. Era natural que emplease rigor en la persecución de los herejes, lo mismo que en la de algunos rusos á quienes el influjo protestante había imbuido en ideas liberales. Mientras se enardecía contra la influencia de los extranjeros residentes en el arrabal alemán, sostenía polémicas contra el extranjerismo de Pedro y le desacreditaba entre el pueblo ortodoxo. Al fin pudo alcanzar la quema de un hereje, pero otros acusados fueron sustraídos á su jurisdicción y entregados al tribunal del Senado, con lo cual quedó muy quebrantada la importancia de *Jaworsky*. Recibió en cierto sentido un voto de censura del poder civil. Es una prueba más de la tolerancia de Pedro, el que permitiese la impresión del tratado polémico de *Jaworsky* dirigido contra los luteranos, titulado «La piedra de la fe,» en lo cual el Czar expresó realmente el deseo de que se moderasen los rudos ataques (1).

Muy poco se ha llegado á saber de las relaciones de *Jaworsky* con Alejo: no hay que pensar en que existiese una alianza propiamente tal entre el fanático prelado y el heredero del trono; pero Estéban era del número de los descontentos, lo mismo que el *Czarewicz*: era de los que murmuraban en secreto y en voz baja. Pedro supo hacerle inofensivo; le nombró presidente del Sínodo, pero al mismo tiempo se cuidó de que en él no tuviese influencia alguna. El antagonismo entre el Czar y el prelado no se ocultó á sus contemporáneos; el último pasó por mezquino, falso y como sin capacidad para operar el progreso religioso.

Todo al contrario de *Jaworsky*, *Feofan Prokopowicz* era verdadero correligionario político de Pedro. Poseía una vasta erudición; había visitado los países católicos y protestantes, y sin contar con otros puntos, había conocido la necesidad de la intolerancia aun en la misma ciudad de Roma. Se burlaba de que en Italia, donde hay más incrédulos que en parte alguna, se anatematizase á los protestantes: con el mismo talento sostuvo polémicas contra la Compañía de Jesús. Se dió á conocer también como poeta dramático. Su entusiasmo por la enseñanza en la Academia de Kieff, de la que fué rector, le hizo sobresalir por su energía y especiales condiciones. Muchas veces tuvo ocasión de llamar hácia sí la atención del Czar por sus discursos, así en el año 1706, cuando Pedro fué á Kieff, como inmediatamente después de

(1) El libro se reimprimió después.

la batalla de Poltawa. Acompañó al Czar en la guerra con Turquía del año 1711; y cantó la crisis del Pruth en un poema. El extraordinario desarrollo de la Academia durante su rectorado demostró sus poco comunes facultades administrativas. Sus obras fueron leídas por escritores de distintas naciones y de opiniones contrarias.

El año 1715 le instó Pedro á que trasladara su residencia á San Petersburgo, en cuya capital tuvo muchos adversarios. Achacábasele ser inclinado al protestantismo; pero para el Czar llegó á hacerse el indispensable, un auxiliar enteramente adicto é identificado con su espíritu. A él, que en parte debía su educación á los teólogos protestantes, *Qüenstädt*, *Gerhard* y otros; que estudiaba con predilección las obras de Descartes, Bacon y Buldeus, le sorprendió sobre todo aquella pasión por las sutilezas teórico-teológicas, de la cual estaban poseídos legos y eclesiásticos. En una carta que dirigió á un amigo suyo de la Pequeña Rusia hacía notar que cada uno se tenía por infalible y sabio en conocimientos positivos, y que todos con su fe en la propia infalibilidad eran *mas estúpidos que un papa*; que todos padecían la «enfermedad de la teología;» que en lugar de la necesidad de saber y de la afición á investigar, reinaba la tiranía de la preocupación, creyéndose todos capaces de enseñar y ninguno de aprender.

En un sermón, «sobre la grandeza y gloria del Czar,» dijo *Feofan* (1718), aludiendo á Estéban *Jaworsky*, que la Iglesia no debía ser un Estado dentro del Estado y que el clero no debía tomarse muchas libertades con el poder civil. Supo rechazar los ataques de sus adversarios, los cuales pusieron en duda su ortodoxia, lo mismo católicos, como *Lopakinsky*, que los que militaban en el campo de la dogmática puramente griega, como el hermano *Lichuda*. Respecto del dictado de hereje que le dió *Jaworsky*, probó que este no había leído nunca sus obras, y por tanto, que debía prescindir de sus acusaciones.

Pedro distinguió al prelado, nombrándole metropolitano de Pskoff; fué muchas veces su huésped y conferenció detenidamente con él sobre cuestiones de administración eclesiástica. Los dos redactaron después el «Reglamento eclesiástico,» el cual, un contemporáneo, muy aficionado por otra parte á censurar, llamaba «obra maestra que debía ser leída desde el principio hasta el fin.» El Czar llamó á este Reglamento, en tono de broma, el nuevo «patriarca (2).»

En el «Reglamento eclesiástico» se estableció lo más capital para la instrucción de los clérigos y para la reforma de las órdenes monásticas. No sin razón señalaron los extranjeros que fueron á Rusia la falta de educación é ignorancia del clero; no sin motivo los mismos patriotas rusos comprendieron la necesidad de elevar el nivel de la cultura y moral de los papas. Los prelados más ilustrados deploraron con las más fuertes expresiones tan lamentable desquiciamiento bajo este punto de vista; entre otros, *Feodosy*, metropolitano de Novogorod, el cual ejerció en tiempo de Pedro el cargo de predicador de la corte durante algunos años. *Feofan* hizo por su parte todo lo posible para establecer seminarios para los clérigos y fundar escuelas. El *factum* de las autoridades eclesiásticas, *Mussin-Puschkin*, se ocupó incesantemente en la fundación é inspección de escuelas religiosas. Por la correspondencia epistolar de Pedro con *Kurbatoff*, el cual se interesaba también por las escuelas, sabemos que el gobierno, aun antes del «Reglamento eclesiástico,» no dejó de hacer grandes esfuerzos en el particular. Pero las condiciones no eran propicias para elevar el nivel

(2) Anécdotas de *Narkoff* sobre Pedro, núm. 106, en *Ssolowieff*, XVI, 361.

general de la cultura, y sobre todo, tratándose del clero, habían de seguir siendo fundados aquellos juicios duros y sazoados con toda clase de sátiras y sarcasmos de observadores extranjeros, como *Margeret*, *Oleario*, *Collins*, *John Perry*, *Vockerodt* y otros.

Es de notar, que la perniciosa preponderancia del alto clero es presentada en el «Reglamento eclesiástico» como una consecuencia de la ignorancia y torpeza. En él se dice que después de los cuatro primeros siglos de la era cristiana cuando la cultura y la ciencia habían desaparecido, los obispos de Roma y Constantinopla se arrogaron tanto poder y manifestaron tanto orgullo. Se excitaba á los eclesiásticos superiores á sostener escuelas para los clérigos nuevos en sus casas, con cuyo motivo se encargaba muy particularmente que se quitara toda esperanza de obtener un cargo eclesiástico á los alumnos desaplicados é incapaces; y se prescribían los estudios que se habían de hacer y el método de enseñanza. El clérigo aspirante que no aprendiese á leer correctamente, debía ser incorporado al ejército. En los últimos años de la vida del Czar se hizo mucho para fundar un gran seminario eclesiástico, estando ya designado al efecto el edificio en que se había de instalar y los fondos necesarios; pero la muerte de Pedro interrumpió estos preparativos. Por espacio de muchos años estuvo desocupado el edificio, hasta que por fin en el año 1743 se destinó á oficina del jefe de policía.

El «Reglamento» trataba además de los deberes y de la conducta moral del clero; se le recomendaba visitar con más frecuencia á sus feligreses, se enumeraban los vicios que afectaban el cargo de pastor, etc. (1). Unos pocos eclesiásticos cumplían con sus deberes con mucho celo, como por ejemplo, el metropolitano de Novogorod, *Hioh*, el cual cuidó con esmero de las escuelas de su diócesis, y el obispo de *Woronesh*, *Mitrofan*, el cual empleó en fines útiles para la generalidad sus economías, y remesó varias veces al Czar importantes sumas para contribuir á los gastos de la guerra de Suecia. Fué un rasgo de exquisita delicadeza que Pedro mandase retirar las estatuas de dioses paganos, que había llevado á su palacio de *Woronesh*, á donde iba con frecuencia, porque sabía que escandalizaban al prelado, rasgo que demuestra que Pedro sabía apreciar el mérito del excelente eclesiástico.

El «Reglamento eclesiástico» trató con más extensión de lo concerniente á los monasterios: allí era donde había que ordenar más las cosas. Muchas veces se expresó Pedro con indignación sobre la dudosa especie de religiosidad que excitaba á una gran parte de la población á huir á los claustros, é indicó la mala conducta moral y la enervación intelectual reinantes en ellos. Procedió en unión de *Feofan* contra el excesivo número de tales verdaderos ó pretendidos ascetas. Se restringieron las condiciones para entrar en los monasterios, se exigió á los monjes y monjas cierto trabajo, se puso la administración de los bienes de los conventos bajo la severa inspección del poder secular, se suprimieron las pequeñas hermandades, se dificultó la fundación de nuevos monasterios, etc.

En la introducción al «Reglamento eclesiástico» el Czar pone de relieve la absoluta necesidad de hacer reformas en el terreno religioso y pondera la grave responsabilidad que pesaba sobre él por un pecado de omisión en este terreno. Luego sigue explicando las ventajas de las instituciones colegiales aun en el terreno religioso, justificando la nueva institución del Sínodo. Al lado del presidente Estéban *Jaworsky*

(1) Véase el reglamento (en ruso) en la Colección legislativa número 3, 718. Se ha impreso varias veces en alemán; véase el catálogo de la *Russica*, R. 396-398.

ejercían el cargo de vicepresidentes *Feodosy* y *Feofan*, haciendo de vocales algunos otros prelados.

En los primeros años de la fundación del Sínodo hubo que resolver varias cuestiones importantes relativas á las atribuciones de esta institución y al orden con que había de tratar los asuntos. El Czar tuvo que dar varias veces su parecer sobre el modo de resolver este ó aquel punto. Tampoco faltaron conflictos de competencia entre el Senado y el Sínodo; pero en lo esencial la actividad de uno y otro cuerpo demostró que las intenciones del Czar habían sido comprendidas y que se podía proceder en tal sentido (2). Las severas disposiciones que el Sínodo tomó respecto de los monasterios, dimanaron de la inmediata iniciativa del Czar. También en este terreno tan luego como murió Pedro, se hizo notar la falta de aquella iniciativa de un soberano de enérgica voluntad y gran penetración.

La opinión y conducta de Pedro respecto de las sectas prueba por un lado un principio expreso de tolerancia y por otro el cuidado que tenía de los intereses políticos puramente civiles. En efecto, exigía á los fieles de las distintas creencias una subordinación incondicional al poder civil, pero valió también para los *Raskolniks* aquel punto de vista bajo el cual estaban considerados los herejes de la Europa occidental, á saber, que «á cada cristiano debía permitírsele bajo su responsabilidad, cuidar de su felicidad futura.» Pedro era liberal en el sentido moderno. Cuando con ocasión de la entrevista celebrada en Birsén con el rey de Polonia (1701) asistió á los oficios divinos de los católicos y le dijo un senador que él podía y debía trabajar por la unión de la Iglesia latina con la griega, contestó: «Dios ha dado efectivamente á los príncipes el poder sobre los pueblos, pero solo Cristo reina en las conciencias de los hombres y solo la voluntad de Dios puede realizar la unión de las dos Iglesias.» Cuando caminando en dirección á *Arkangel* por la comarca de *Olonetz*, atravesó los lugares habitados por un gran número de sectarios situados á orillas del río *Wyga* y le llamaron la atención sobre los *Raskolniks*, repuso: «Dejadlos en paz.» Se creía que iba á dar una contestación muy distinta, y así á la noticia de su aproximación se preparaban unos á morir y otros á apelar á la fuga. Pedro pidió informes sobre la conducta y especialmente sobre la laboriosidad y honradez de los industriales afiliados á las sectas, y habiéndosele contestado favorablemente, declaró lo siguiente: «Si son honrados y laboriosos, pueden creer lo que quieran; si no se les puede alejar de sus falsas creencias con argumentos racionales, de nada serviría pasarlos á cuchillo; hacerles mártires por sus necedades, sería hacerles un honor demasiado grande, y el Estado ningún provecho sacaría de ello.»

Necesitando Pedro de los sectarios como servidores del Estado, no pensó en exterminarlos, y muchos de sus colaboradores procedieron en el mismo sentido y con la misma disposición de ánimo. En efecto, los *Raskolniks* que vivían en gran número en la región de *Olonetz*, fueron empleados por Pedro en los trabajos de las minas y en otras ocupaciones industriales, y se quejaron del «yugo» que les impuso el Estado, pero Pedro no consintió ninguna persecución religiosa exterior. Cuando el tan temido enemigo de los sectarios, el metropolitano *Hioh*, mandó prender á uno de los *Raskolniks* más importantes de *Wyga*, *Denissoff*, dispuso Pedro que éste fuese llevado á *Moscou*, en donde el mismo Czar examinó «con suavidad» sus opiniones; y aun cuando *Denissoff* no

(2) Véase sobre la primera época y administración del Sínodo una serie de pormenores sacados de los archivos por *Ssolowieff*, XVI, 366 y siguientes.